

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

La radicalización política de la juventud popular en el Perú

*Julio Cotler**

En el transcurso de los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado una transformación sustancial de su estructura social, que impulsó la radicalización política de las clases populares y, muy en especial, de sus jóvenes.

Durante los años sesenta y hasta mediados de los setenta las clases populares urbanas, alimentadas por las migraciones internas, experimentaron una cierta movilidad ascendente y un crecimiento mucho mayor de sus expectativas de mejoría de su ocupación, ingreso, educación y participación política. Sin embargo, el carácter más bien cerrado de los regímenes políticos de entonces, al bloquear las aspiraciones políticas de estas clases, provocó la primera oleada de radicalización.

A partir de mediados de los años setenta cambia la situación. Por un lado, la continuada expansión educativa refuerza las expectativas y, por su contenido, impulsa aún más la radicalización. Por otro, se deterioran las condiciones económicas y persisten los obstáculos a una participación política plena. En estas circunstancias, que afectan en particular a los jóvenes, la confrontación violenta e inorgánica se constituye en procedimiento habitual en los conflictos políticos.

El autor sostiene que el examen de estos fenómenos, que han adquirido particular intensidad en el Perú, puede ser de gran utilidad también para otros países de la región cuyos procesos políticos parecen encaminarse en la misma dirección.

*Consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

Es un lugar común reconocer que en los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado importantes transformaciones de su estructura social. Para explicar o especificar dichas transformaciones suele aludirse al cambio demográfico acarreado por las migraciones y la urbanización; a las modificaciones de la estructura productiva y ocupacional, que han promovido el fortalecimiento del capitalismo y su extensión a las áreas rurales, y a la expansión del sistema educacional y de los medios de comunicación de masas que, conjuntamente con los anteriores procesos, han contribuido a alterar considerablemente los estilos de vida y los tipos y niveles de aspiraciones sociales. A todo ello es necesario agregar la singularidad de las reformas institucionales realizadas por el pasado régimen militar, que acabaron por desmantelar el anacrónico régimen oligárquico de dominación y produjeron una considerable expansión de las funciones del Estado y de su ámbito de acción.

Es menos frecuente destacar, a este respecto, las transformaciones políticas y culturales experimentadas por la sociedad peruana en ese período y, en particular, el cambio de identidad política de las clases populares urbanas¹ en general, y de sus jóvenes en particular. Existen varias y muy claras evidencias de la radicalización de las clases populares y de sus jóvenes. La primera consiste en los resultados electorales para nominar a los representantes de la Asamblea Constituyente en 1978, para elegir Presidente y parlamentarios en 1980, para designar alcaldes en 1981 y 1983. En todas estas oportunidades las agrupaciones izquierdistas, divididas en los tres primeros casos y unificadas en el último, lograron obtener alrededor de un tercio de la población electoral, hecho insólito en América Latina.

Si bien los análisis de dichos procesos electorales no son concluyentes, hacen ver la existencia de altas correlaciones entre el voto obrero, así como el de los pobladores de los barrios urbanos

¹ Definimos a las clases populares en términos ocupacionales; en este sentido, comprenden obreros, independientes no-profesionales y empleados sin poder de dirección.

marginales ("pueblos jóvenes") y las agrupaciones de la izquierda marxista, especialmente en la ciudad de Lima, que congrega a la tercera parte de la población electoral. Tales correlaciones parecen existir igualmente entre la población urbana y dichas organizaciones políticas en la sierra sur, la llamada "mancha india". (Roncagliolo, 1980; Tuesta Soldevilla, 1983 y 1985).

Las últimas elecciones generales de abril de 1985, en las que el APRA y su joven candidato ganaron de manera abrumadora, seguidos por el candidato de la Izquierda Unida, significaron el desplazamiento masivo hacia el APRA del electorado popular, que hasta entonces votaba en favor de los partidos "tradicionales". Alrededor del 80% del electorado, en consecuencia, se asoció con fórmulas nacionalistas, populares y democráticas, que proponían cambios trascendentales en la estructura social y política del país, y se orientaban hacia la nacionalización y la democratización de la sociedad y la política. Estos resultados, que han reducido la representación de las clases dominantes, crean una situación inédita, llena de esperanzas y temores en relación al devenir histórico del país.

Una segunda evidencia del proceso de radicalización de las clases populares es la aparente consolidación de la Confederación General de Trabajadores del Perú, que si bien es controlada por el Partido Comunista, va acompañada por el desarrollo de un sindicalismo "clasista" entre las capas obreras y de empleados públicos. Paralelamente, el nivel de exigencias de las asociaciones de los barrios populares promueve el estado de movilización y radicalización del conjunto de las clases populares urbanas.

Por último, la presencia de "Sendero Luminoso" desde 1980, y el arrastre que parece mantener entre algunos sectores populares, a pesar de los golpes militares y la derrota política sufrida con la masiva participación electoral en abril de 1985, es la muestra más evidente de la existencia de un panorama de radicalización y violencia en la sociedad peruana.

En este proceso de cambio del escenario político del Perú, y de la identidad política en el sentido de la radicalización, que redefine a las clases populares, la juventud popular parece haber tenido un papel crucial: fue determinante en

la organización y dirección de dicho proceso desde su inicio en las universidades, sindicatos y partidos políticos, en las organizaciones de los barrios populares y en las comunidades y centros cristianos. Así podría explicarse, por ejemplo, la constitución en el Partido Aprista, tras la crisis experimentada a la muerte de Haya de la Torre, de un nuevo grupo dirigente capaz de reorganizar dicha agrupación, y de pasar por encima de antiguas autoridades congregadas por el histórico líder. Esta nueva generación de dirigentes reformuló las orientaciones partidarias y sus relaciones con la sociedad y logró crear una nueva imagen, la que llevó al arrastre popular y al triunfo electoral indiscutido de abril de 1985.

Un fenómeno similar ocurrió en la Izquierda Unida, constituida por ex estudiantes universitarios y dirigentes obreros, socializados en las intensas movilizaciones populares de la década pasada en contra del régimen militar.

Por último, es reconocida la influencia de Sendero Luminoso entre ciertos sectores juveniles, y la particular importancia que ha concedido a la afiliación de mujeres en dichos sectores.

Los factores que explican la radicalización y violencia de la juventud popular y su influencia en las clases populares, especialmente las urbanas, tienen un interés que excede el académico: afectan la vida y los derechos humanos de todos los peruanos. La tarea de comprender dichos factores, aunque sea tentativamente, apunta a encontrar fórmulas alternativas capaces de canalizar la participación de la juventud popular y su radicalismo en la constitución de un consenso popular que sienta las bases del desarrollo y la democracia en el Perú.

A su vez, en la medida que el caso peruano parece acercarse a una situación límite en el ámbito sudamericano, esta aproximación debería aportar ciertas indicaciones útiles para considerar los problemas actuales o potenciales de otros países de la región.

Para abordar el tema se examinarán los cambios demográficos, educacionales y económicos de las últimas dos décadas y cómo han afectado la condición juvenil, para luego asociar dichos cambios a las experiencias políticas y culturales de las clases populares y los jóvenes durante ese período.

I

Los jóvenes y los cambios demográficos, educacionales y económicos

Los cambios demográficos ocurridos en las últimas dos décadas en términos de migración-urbanización significaron que los jóvenes —es decir aquellos comprendidos entre 15 y 24 años, según la convención universal— pasaron de 18% a 20% de la población en el período intercensal 1961-1981. En ese mismo lapso, la presencia juvenil en las áreas urbanas saltó de 51% a 70%, mientras que la población urbana del país pasó de 47% a 65%. Además, mientras en 1961 22% del total de los jóvenes del Perú residían en Lima, centro metropolitano por excelencia, esa proporción pasó a ser de 31% en 1981.

En consecuencia, mientras que en 1961 la inmensa mayoría de los jóvenes urbanos era de origen provinciano y rural, veinte años más tarde la mayoría estaba constituida por nativos de las ciudades: se trataba de la primera generación urbana.

Es decir, la población juvenil no sólo adquirió mayor presencia relativa en la población total del país, sino que también incrementó considerable-

mente su participación en la población urbana. En ese sentido, los jóvenes pudieron intervenir en forma más activa en la construcción de la modernidad nacional del país y, en esa medida, en la ruptura del orden tradicional.

Esta última proposición se hace evidente, por ejemplo, en los espectaculares cambios del perfil educacional de la población peruana durante las últimas dos décadas. Por una parte, hubo un fuerte incremento de la alfabetización en el conjunto de la población y de manera muy especial entre los jóvenes, tanto urbanos como rurales. En ambos casos, la población entre 15 y 24 años alcanzó niveles de alfabetización superiores al conjunto de la población urbana o rural. Como cabe esperar, en la población urbana existe una proporción mayor de alfabetizados que en la población rural. Sin embargo, en términos globales, las diferencias no son tan acusadas como podría preverse, dado el conocido atraso de otros servicios públicos existentes en el campo peruano (cuadro 1).

Cuadro 1
PERU: CONDICION DE ALFABETISMO ENTRE LOS JOVENES, SEGUN AREA URBANA Y RURAL,
1961-1981
(Porcentajes)

Grupos de edad	Alfabetizados			Analfabetos			Sin especificar			Total		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
<i>Nivel nacional</i>												
15 a 24 años	71.8	85.9	92.8	28.2 ^a	13.2	6.9	—	0.9	0.3	100	100	100
25 a 29 años	65.9	77.4	89.3	34.1 ^a	21.7	10.4	—	—	0.3	100	100	100
Población total ^b	58.6	67.0	78.4	41.4 ^a	31.6	21.1	—	1.3	0.5	100	100	100
<i>Area urbana</i>												
15 a 24 años	89.1	95.6	97.6	10.9 ^a	4.4	2.1	—	—	0.2	100	100	100
25 a 29 años	85.9	91.5	96.3	14.1 ^a	8.5	3.4	—	—	0.2	100	100	100
Población total ^b	79.8	82.6	88.5	20.2 ^a	17.4	11.1	—	—	0.4	100	100	100
<i>Area rural</i>												
15 a 24 años	53.5	68.9	81.3	46.5	31.1	18.1	—	—	0.6	100	100	100
25 a 29 años	46.1	54.5	71.5	53.9	45.5	27.9	—	—	0.5	100	100	100
Población total ^b	38.9	45.5	58.5	61.1	54.5	40.6	—	—	0.9	100	100	100

Fuente: Censos nacionales de 1961, 1972 y 1981.

^a Incluye a los que no declararon condición de alfabetización.

^b Población total de 5 años y más, con excepción de 1961, año en que es de 6 años y más.

Cuadro 2
 PERU: JOVENES DE 15 A 24 AÑOS SEGUN NIVEL DE EDUCACION, 1961-1981
 (Porcentajes)

Nivel educativo	Nivel nacional						Area urbana						Area rural					
	15 a 24 años			Pobl. total nac.*			15 a 24 años			Pobl. urbana total*			15 a 24 años			Pobl. rural total*		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
Ninguno	28.2	12.0	6.3	45.8	30.2	16.9	11.4	4.2	1.8	27.0	16.8	7.7	46.0	27.4	15.5	63.0	50.7	32.6
Prescolar y primario	53.3	48.5	37.0	43.0	51.2	52.5	56.7	41.2	24.3	54.1	54.8	48.3	49.7	62.6	62.3	32.8	45.7	55.9
Secundario	15.5	34.3	46.8	7.8	14.8	23.1	27.6	47.3	59.7	14.8	22.6	32.1	2.7	9.0	18.6	1.3	2.8	6.7
Universitario Superior no universitario	1.0	3.7	5.5	0.9	2.5	4.5	1.8	5.4	7.8	1.9	4.0	6.6	0.1	0.3	0.5	0.1	0.2	0.3
No especificado	0.9	0.4	3.7	0.6	0.4	2.3	1.6	0.6	5.2	1.2	0.7	3.3	0.1	0.1	0.4	—	0.1	0.2
Total	1.1	1.1	0.7	1.9	0.9	0.7	0.8	1.3	1.2	1.0	1.1	2.0	1.4	0.6	2.7	2.8	0.5	4.3
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Censos nacionales de 1961, 1972 y 1981.

* De cinco años y más, con excepción de 1961, año en que es de cuatro años y más.

En segundo lugar, el cambio del perfil educacional se manifiesta en la distinta participación de la población en los tres niveles educacionales. En este sentido se destacan los siguientes aspectos:

a) Hubo un brusco descenso de la población sin ningún nivel educacional, lo que se asocia al desarrollo de la alfabetización.

b) Aumentó la participación de la población total en el nivel primario, debido a la incorporación de la población rural al proceso educacional. Junto con ello, se redujo la participación de la población urbana en este nivel, y muy en especial la de los jóvenes, que pasan a concentrarse sobre todo en los niveles secundario y superior (cuadro 2).

Es muy probable que, como se indicó en otro estudio (Alberti y Cotler, 1977), los jóvenes de origen rural migren a las ciudades cuando llegan a un cierto nivel educacional que no corresponde al grado de desarrollo económico y social de su lugar de origen.

c) Sin embargo, como se desprende de los datos de los cuadros 3 y 4, la participación femenina en el sistema educacional aún se mantiene por debajo de la masculina, y entre las mujeres las urbanas superan ampliamente a las rurales. La disparidad es todavía mayor si se compara el

nivel educacional alcanzado por las jóvenes urbanas con el total femenino y con el de las del mismo grupo de edad en zonas rurales.

d) El desarrollo educacional que, como se ha visto, caracteriza a la población juvenil, ha contribuido a ampliar considerablemente la educación universitaria. Mientras en 1960 ésta contaba con 30 000 alumnos, diez años más tarde pasó a 109 000, y en 1982 alcanzó a 305 000 (Instituto Nacional de Estadísticas, 1983). De esta cifra total, los hombres representaban 63%.

Mientras en la mayor parte de los países latinoamericanos uno de cada diez jóvenes asistía a la universidad a comienzos de la presente década (CEPAL, 1983), en el Perú contaba con educación superior 6.8% de los jóvenes; sin embargo, en Lima Metropolitana esa proporción se elevaba a 16.5%.

La socialización urbana y educacional parece haber contribuido a que los jóvenes, especialmente los que se concentran en Lima Metropolitana y en las ciudades de mayor importancia del país, tengan gran contacto con los medios de comunicación modernos, lo que lleva a nuevas aspiraciones y estilos de vida, así como a nuevos comportamientos sociales y políticos, fundados en crecientes expectativas de movilidad social y transformación de la realidad social.

Cuadro 3
PERU: POBLACION URBANA Y RURAL SEGUN NIVEL EDUCATIVO
Y SEXO, 1981
(Porcentajes)

Nivel educativo	Total población urbana		Total población rural		Población total nacional ^a	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ninguno	5.2	10.1	22.6	42.5	11.1	21.9
Preprimario ^b	47.1	49.5	64.5	47.1	53.0	46.5
Secundario	34.5	29.6	9.1	4.2	25.8	22.0
Superior no universitario	3.4	3.3	0.3	0.2	2.3	2.4
Superior universitario	8.3	4.9	0.4	0.2	5.6	3.5
No especificado	1.4	2.5	2.8	5.5	1.9	3.7
<i>Total</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>
Cifras absolutas (en miles)	4 790	4 864	2 469	2 445	7 008	7 260

Fuente: INE, Censo nacional. Tabulaciones no publicadas.

^a Población de 5 años y más.

^b Incluye básica regular y laboral.

Cuadro 4
 PERU: JOVENES DE 15 a 24 AÑOS SEGUN NIVEL DE EDUCACION Y SEXO
 EN AREAS URBANAS Y RURALES, 1981
 (Porcentajes)

Nivel educativo	Población			Area urbana			Area rural		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Ninguno	2.9	8.6	6.3	1.0	2.5	1.8	7.5	23.7	15.5
Preprimario	34.0	37.0	37.0	20.8	27.6	24.3	65.3	59.3	62.3
Secundario	51.7	43.5	46.8	63.5	56.3	59.7	24.4	12.6	18.6
Superior no universitario	3.4	4.0	5.5	4.8	5.6	7.8	0.4	0.4	0.5
Superior universitario	6.4	4.8	3.7	8.7	6.7	5.2	0.5	0.5	0.4
No especificado	1.4	1.9	0.7	1.2	1.3	1.2	1.7	1.7	2.7
<i>Total</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>	<i>100</i>
Cifras absolutas (en miles)	1 722	1 743	3 466	1 205	1 239	2 444	516	504.2	1 020

Fuente: INE, Censo 1981. Tabulaciones no publicadas.

En términos ocupacionales, el 50% de los jóvenes del Perú tenía ocupaciones asalariadas en 1972, ya sea como obreros o como empleados. Este porcentaje descendió en 1981, especialmente en la población rural (cuadro 5), en razón de la política recesiva aplicada durante ese período.

Junto con disminuir el trabajo asalariado en la población juvenil, subió el porcentaje de trabajadores independientes. Este crecimiento se manifestó tanto en la población urbana como en la rural, donde el trabajo independiente siempre predominó, dado el atraso económico y social. El crecimiento del empleo por cuenta propia entre los jóvenes es especialmente relevante si se considera que, a nivel nacional y en el conjunto de la PEA ocupada, la categoría correspondiente se redujo levemente entre ambos períodos intercensales.

Sin embargo, a pesar de la relativa caída de la proporción de los jóvenes asalariados en la PEA, su peso en las categorías de obreros y empleados sigue siendo superior a las del conjunto de la PEA. En efecto, tal como se observa en el mismo cuadro 5, en 1972 50.7% de los jóvenes ocupados se desempeñaba en dichas posiciones contra 44.4% a nivel de la PEA total; dichas proporciones fueron en 1981 de 47.4% y 43.1% respectivamente. Se puede concluir, en consecuencia, que entre los

jóvenes se encuentra una proporción mayor de asalariados que en el conjunto de la PEA.

Por esta misma razón, y a pesar del aumento de trabajadores independientes entre los jóvenes, la proporción de estos trabajadores sigue siendo menor en relación al conjunto de la PEA total, así como de la PEA urbana o rural.

Por último, la proporción de trabajadores familiares no remunerados es mayor entre los jóvenes que en el conjunto de la PEA. Aunque este hecho resulta conocido, por la importante participación que tienen en la reproducción familiar entre las clases populares, cabe destacar que en las áreas rurales el trabajo juvenil en el seno familiar compromete más de la quinta parte de la población juvenil total, fenómeno que se vincula a la importancia que tienen los trabajadores independientes del área rural.

En el caso de los jóvenes de Lima, se observan importantes cambios en su tipo de actividad, en la medida que en las dos últimas décadas la proporción que forma parte de la población económicamente activa se ha reducido de manera importante. Mientras en 1961 54% de cada 100 jóvenes formaba parte de la PEA ocupada, veinte años más tarde esa relación disminuyó a 35 de cada 100, lo que significa una reducción de 18.6%. Este cambio ha sido mucho más drástico

Cuadro 5
PERU: JOVENES DE 15 a 24 AÑOS POR CATEGORIA OCUPACIONAL,
SEGUN AREA URBANA Y RURAL, 1972-1981
(Porcentajes)

Categoría ocupacional	1972						1981					
	Jóvenes			PEA ^a			Jóvenes			PEA ^a		
	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural
Obrero	29.0	31.2	25.4	24.4	27.9	19.2	26.8	30.3	20.1	22.4	26.3	15.3
Empleado	21.7	31.8	4.6	20.0	30.7	3.7	20.6	30.0	3.0	20.7	30.6	2.4
Trabajador independiente	27.5	17.8	43.8	42.6	30.2	61.6	32.2	22.9	49.7	41.9	31.0	62.1
Patrón	0.3	0.2	0.3	0.6	0.6	0.8	0.5	0.6	0.3	1.1	1.4	0.5
Trabajador familiar no remunerado	10.3	3.0	22.5	6.2	1.9	12.6	8.9	2.1	21.7	6.3	1.6	15.2
Trabajador del hogar	8.2	12.3	1.3	4.4	6.8	0.8	6.5	9.2	1.4	3.7	5.2	1.0
Categoría no especificada	3.0	3.6	2.0	1.7	1.9	1.3	4.5	4.8	3.8	3.8	3.9	3.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Censos nacionales de 1961 y 1981.

^a Población económicamente activa total ocupada de 6 años y más.

que el que se observó en el conjunto de la PEA total (mayores de seis años) que descendió de 44.4% a 39.1%; es decir presentó una reducción de 5.7%. Sin duda que esta situación se debe a que la expansión educacional entre los jóvenes ha contribuido a postergar la incorporación a la actividad productiva.

Siguiendo la pauta que habíamos observado anteriormente respecto a la ocupación de los jóvenes a nivel nacional, la mayoría de los jóvenes residentes en Lima son asalariados (obreros, empleados y trabajadores del hogar), mientras que sólo un 10% son trabajadores independientes (cuadro 6).

Sin embargo, los jóvenes de Lima presentan porcentajes de desempleo global y subempleo superiores a los del conjunto de la PEA. Es así como la mitad de los jóvenes se encontraban subempleados, y la mayoría por bajos ingresos, a diferencia de lo que ocurría en el conjunto de la PEA (cuadro 7).

En lo relativo a los ingresos, los jóvenes de la PEA tienden a concentrarse en los niveles más

Cuadro 6
LIMA METROPOLITANA:
JOVENES DE 15 a 24 AÑOS SEGUN CATEGORIAS
OCUPACIONALES, 1984
(Porcentajes)

	Jóvenes	PEA popular	Porcentaje de los jóvenes en la categoría ocupacional
Empleado	28.2	30.68	27.5
Obrero	25.9	25.82	30.0
Trabajador independiente	10.1	26.33	11.5
Trabajador del hogar	19.1	9.64	59.0
Trabajador familiar no remunerado	8.7	4.53	57.7
Aspirante	8.0	3.00	79.6
Total	100.0	100.00	29.9

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.

bajos. En 1984, en Lima Metropolitana casi la mitad de los jóvenes percibían ingresos inferiores o similares al salario mínimo legal, situación que contrastaba con 34% en el conjunto de las clases populares de dicha ciudad (cuadro 8). Sin embargo, los jóvenes migrantes presentaban ingresos más bajos que los nativos: casi 60% de aquellos ganaban menos que el salario mínimo o cantidades semejantes, a diferencia de 40% de los jóvenes nacidos en esta ciudad (cuadro 9).

En resumen, mientras los jóvenes presentan los niveles educacionales más altos de la población, especialmente en Lima Metropolitana, los

Cuadro 7
LIMA METROPOLITANA:
NIVELES DE EMPLEO DE LA PEA DE
15 A 24 AÑOS, 1982
(Porcentajes)

	15 a 24 años	PEA total
Desempleo global	14.1	6.6
Subempleo	49.3	28.0
por ingresos	47.2	24.0
por tiempo	2.1	4.0
Empleo adecuado	36.6	65.4
Total	100.0	100.0

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1982.

Cuadro 8
LIMA METROPOLITANA:
INGRESOS, 1984
(Porcentajes)

Ingresos	Jóvenes (15 a 24 años)	PEA popular
Ninguno	22.5	13.0
Menos del mínimo*	40.1	26.7
Alrededor del mínimo	9.1	7.7
Más del mínimo	14.3	16.5
Más de 350 000 soles	13.9	36.1
Total	100.0	100.0
Cifras absolutas	480.1	1 363.1

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.

* Salario mínimo en el momento de la encuesta: 195 000 soles.

jóvenes de ambos sexos pertenecientes a las clases populares urbanas perciben los más bajos ingresos, a pesar de ser los que trabajan más horas y en condiciones más precarias. De ahí que se pueda concluir que los jóvenes de ambos sexos se concentran en los estratos de más bajos ingresos de las clases populares de Lima (Galín, Carrión y Castillo, 1984).

Cuadro 9
LIMA METROPOLITANA: INGRESOS DE JOVENES DE 15 A 24 AÑOS
SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1984
(Porcentajes)

	Jóvenes				PEA popular			
	Nativo	Costa	Sierra	Selva	Nativo	Costa	Sierra	Selva
Sin ingresos	24.5	19.4	21.0	15.4	15.8	10.3	11.5	10.1
Menos del mínimo*	31.9	53.0	50.7	46.8	23.0	25.2	30.7	33.9
Alrededor del mínimo	9.6	5.8	9.6	9.6	7.8	5.7	8.3	9.5
Más del mínimo	17.7	8.0	8.8	22.0	16.8	15.2	17.1	15.6
Más de 350 000 soles	16.3	13.8	9.8	6.2	36.6	43.6	32.4	30.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.

* Salario mínimo en el momento de la encuesta: 195 000 soles.

II

Las experiencias políticas y culturales de las clases populares y de los jóvenes

Estas características contradictorias y conflictivas de los jóvenes no son exclusivas del Perú y parecen constituir manifestaciones de una generalizada experiencia latinoamericana (CEPAL, 1983; PREALC, 1980). Sin embargo, en el Perú, la juventud popular parece desempeñar un papel muy decisivo en el desarrollo político de las clases populares y de la sociedad en su conjunto.

Esta primera generación con experiencia urbana y educacional tiene una elevada participación en las diferentes formas organizativas desarrolladas junto con las transformaciones de la estructura social a partir del período "velasquista". Por medio de esta participación, los jóvenes podrían haber logrado un sentido de integración, como grupo generacional y como clase social, capaz de superar los fraccionamientos étnicos y sociales de las generaciones anteriores, lo que habría constituido un significativo avance en la integración nacional. A través de esta participación en distintas instancias y formas organizativas, la juventud popular ha desarrollado, en cambio, una actividad radicalizada y violenta, determinante de las orientaciones y de los comportamientos sociales y políticos de las clases populares urbanas.

Durante los años cincuenta y sesenta, un grueso contingente de los jóvenes de las clases populares de Lima, nativos y migrantes, fundaron hogares, construyeron sus viviendas, estabilizaron los "barrios marginales" en los que vivían, modificando el diseño urbano hasta entonces existente, y obtuvieron empleos remunerados en la nueva estructura productiva que se desarrollaba. Luego, con el correr del tiempo, un sector de ellos se incorporó al llamado mercado "informal", en razón de los bajos salarios ofrecidos, del ahorro realizado por la unidad doméstica y, también, de sus aspiraciones de movilidad social (Gonzales, 1984; Verdera, 1985; Herrera, 1985).

Estos pasos otorgaron a las clases populares en formación un sentimiento de seguridad y confianza en sus esfuerzos para seguir mejorando sus condiciones de vida, proyectando en sus hijos

la culminación de la ansiada movilidad social. Sin embargo, en ese curso de acción dichas clases, y especialmente los migrantes andinos, tuvieron un conjunto de experiencias llenas de dificultades, engaños, desprecio y violencia, centradas en las figuras patronales y en los agentes gubernamentales (Degregori, Blondet y Lynch, 1984).

En torno a estas experiencias traumáticas, las nuevas clases populares urbanas retomaron la tradición de lucha antioligárquica, fundamentada por Haya de la Torre y Mariátegui. Aprendieron a organizarse alrededor de la defensa de la vivienda y del barrio, del salario y del empleo, de la educación y la salud. Además, los jóvenes migrantes serranos, que experimentaban el desplazamiento de su universo sociocultural, debieron aprender también a organizarse en términos étnico-regionales, a fin de poder acomodarse y superar las nuevas condiciones ciudadanas, defendiendo, reforzando y renovando su identidad étnica, recogiendo la tradición de resistencia campesina de la "mancha india" (Golte y Adams, 1984).

Este aprendizaje organizativo significó un avance importante para la asimilación de los intereses individuales y familiares a los colectivos, y condicionó el desarrollo de la autoidentificación de esas clases populares por oposición a quienes los rechazaban. Esta innovación social marcaría, de manera decisiva, el futuro desarrollo político de tales clases y con ello, del país.

Así, mientras estos sectores movilizados, que en su mayor parte recién se incorporaban a la vida urbana y nacional, procuraban que el Estado reconociera sus derechos ciudadanos y, por ende, que se distribuyeran equitativamente los recursos y las oportunidades sociales, recibían como respuesta el rechazo violento, la humillación y la ofensa cotidiana. De esta manera se reforzó la percepción de que "el señor gobierno" no sólo era ajeno y extraño a ellos, sino enemigo de las capas populares, y que estaba sólo para representar y defender a los "poderosos".

Por eso mismo, la diaria experiencia parecía

sugerirles que, más allá del cuerpo de tradiciones comunitarias, la fuerza estatal sólo podría contrarrestarse a través de la organización perseverante de la resistencia de las clases populares, y se fue reforzando su convicción de que sólo a través de la confrontación podrían lograr sus objetivos, lo que es el germen del carácter "clasista" que asumirían sus organizaciones.

En este cuadro la "democracia" no se concebía sino como una ficción, una formalidad, que sólo servía a los que tenían acceso al "poder". La exclusión de la representación efectiva de los intereses populares en el Estado negaba la existencia del pluralismo político. Asimismo, impedía la constitución de mecanismos institucionales legítimos, en los que diferentes actores sociales y sujetos políticos pudieran arribar a compromisos que dieran cabida a la redistribución de los recursos y las oportunidades y que favorecieran la integración nacional de las clases sociales (Cotler, 1981).

Sin embargo, en este escenario cargado de hostilidad y enfrentamiento, en el que la cultura política popular estaba signada por la violencia y por la rápida disolución de los tradicionales mecanismos de dominación patrón-cliente, los sectores populares lograron ganar posiciones durante la década de los sesenta. Los partidos políticos tuvieron que incorporar algunas de sus reclamaciones en la acción legislativa, y dictaron medidas asistencialistas para asegurar el mantenimiento de la dependencia de las clases populares. La educación, el empleo y los servicios públicos se ampliaron, en algunos casos considerablemente, lo que reforzó las exigencias organizadas de dichas clases. Así, las movilizaciones que se encauzaron en torno a la demanda de "transformaciones estructurales", para democratizar y nacionalizar la sociedad, la política y la cultura, pasaron a constituir el eje de las luchas sociales y políticas de las clases populares.

En estas circunstancias, el gobierno de la fuerza armada realizó su revolución, orientada a responder a las demandas populares y a dar paso a la modernización económica y social del país. Mientras que, por un lado, el gobierno amplió espectacularmente la participación social de las clases populares (reconocimiento de sindicatos, constitución de las comunidades laborales, reforma educacional, etc.) por otro lado, y debido a su naturaleza castrense, negó la posibilidad de par-

ticipación política a los supuestos beneficiarios y presuntos afectados por las reformas que dictaba (Cotler, 1985). Fue alrededor de esta disonancia —alentada por el discurso radical de los intelectuales gobiernistas— que se desarrolló una rápida y creciente radicalización de las organizaciones de las clases populares, especialmente urbanas, que selló el desarrollo y desenlace de la revolución del general Velasco.

En este desarrollo organizativo y político de las clases populares urbanas, la juventud desempeñó un papel decisivo, ya que percibía de manera especialmente aguda la situación por dos razones. En primer lugar, la expansión del sistema educativo a los sectores juveniles se acompañó de una radicalización de los contenidos educativos y del personal docente, en la que se recogía la tradición antioligárquica. En segundo lugar, se había constituido una joven clase obrera, de mayor nivel educativo que el de las generaciones anteriores, concentrada en las industrias más dinámicas y ajena a la anterior tradición sindical aprista. Ambos contingentes juveniles, estudiantes y obreros, protagonizaron y dirigieron movilizaciones populares intensas y relativamente exitosas.

La decisión del Jefe del APRA de mantener a su partido fuera del escenario político, y del Partido Comunista de dar su "apoyo crítico" al gobierno militar, creó las condiciones favorables para que la prédica y la acción radical de múltiples grupos izquierdistas —dirigidos por jóvenes estudiantes, profesionales y obreros, muchos de ellos hijos de migrantes— se enraizaran en sectores claves de la sociedad y la producción, creando la corriente "clasista" en los sindicatos, las organizaciones populares en los barrios, y las federaciones estudiantiles y campesinas autónomas respecto del gobierno.

Fue en este marco que el general Velasco optó por una política económica caracterizada por el distributivismo y el endeudamiento externo. Esta política marcó el inicio de la crisis económica, y no logró calmar las nuevas corrientes radicalizadas de la sociedad. Su sucesor enfrentó la crisis y la nueva dinámica social bloqueando las formas de participación existentes, muchas de ellas desarrolladas en el período anterior, con lo cual provocó aún más descontento y oposición. A la carencia de mecanismos institucionales de negociación política se sumó el deterioro creciente

de las condiciones de vida, lo que agudizó las tensiones sociales y políticas. De ahí, precisamente, los éxitos de los paros nacionales de 1977 y 1978, que marcaron un hito en la historia contemporánea del país, al consolidar el radicalismo político de la juventud y, en general, de las clases populares.

En consecuencia, puede decirse que a partir de los años sesenta se experimentó una primera oleada de radicalización juvenil, asociada al proceso de cambios sociales iniciado en esa década, y que luego fue catalizada por el bloqueo político de los años setenta. A partir de mediados de la década pasada se experimentó una segunda oleada de radicalización juvenil —que se superpuso a la anterior— cuando se fueron cerrando las vías de movilidad ocupacional y de ingresos, así como las de organización social, mientras comenzaba una inédita apertura del marco político.

Si bien la primera oleada de radicalización parece haberse caracterizado por una tendencia hacia una elevada participación institucional de la juventud popular y por la racionalidad de las demandas y de los medios de acción elegidos, la segunda, en cambio, bloqueada económica y socialmente, parece combinar expresiones inorgánicas y violentas —individuales y colectivas— con marcadas preferencias electorales por la Izquierda Unida y el APRA.

La apertura política y la reanudación del sistema representativo en 1980 sirvió para atemperar en cierta medida los ánimos belicosos en la sociedad y en la política, hecho que las izquierdas tardaron en comprender. El triunfo avasallador de Belaúnde se inscribió en este cuadro, en tanto ofreció una imagen pluralista, a diferencia de sus contendores: la sociedad visualizó en él la institucionalización política de la negociación colectiva, en la que se incorporaría legítimamente a los representantes y las demandas populares, promoviendo sus condiciones de vida y de movilidad social. Así, la promesa democrática de los ochenta pareció dar inicio al encuentro entre el Estado y las clases populares.

Sin embargo, desde sus inicios el gobierno tuvo una orientación contradictoria: de un lado estableció una política de ajustes económicos de naturaleza recesiva, recomendados por el FMI, y de otro, buscó un “pacto social” para establecer el consenso como práctica política. Sin embargo, las

contradicciones que estas orientaciones produjeron limitaron las posibilidades de la “Tripartita”. En efecto, en la medida que se agudizaba la crisis se reconcentró el ingreso; mientras que se intensificaban los despidos de trabajadores, se reducían los salarios, y aumentaba el empleo eventual y la subcontratación, así como el trabajo independiente.

Por otra parte, la oferta de plazas universitarias no creció al ritmo de la demanda, y las estructuras educativa y productiva incidieron también en la estrechez del mercado de trabajo, que fue incapaz de absorber a los jóvenes egresados de colegios y universidades. Se creó, en consecuencia, un generalizado sentimiento de frustración y rechazo al orden social y su garante estatal.

A esto se sumó el hecho de que el gobierno se volvía cada vez más reactivo a las reclamaciones de la opinión pública y al establecimiento de mecanismos de negociación y entendimiento que dieran cabida a la constitución de fórmulas consensuales.

Así, un Estado mal dispuesto hacia las clases populares, y unas capas juveniles que tenían poco, pero aspiraban a mucho, crearon una situación en que ninguno de estos actores estuvo en capacidad de considerar sus intereses en términos colectivos. El “otro” no aparecía como un contendor, sino como un enemigo; negociar fue sinónimo de entrega, traición y derrota. Es decir, las relaciones políticas se presentaban, como para los militares, a modo de continuación o sustituto de la guerra.

En estas condiciones, paradójicamente, el sindicalismo se debilitó (Balbi y Parodi 1984; Parodi, 1985), lo que se explica, entre otras razones, porque no se hizo más representativo de los trabajadores eventuales, predominantemente jóvenes, y en cambio mantuvo su carácter de órgano de defensa de los trabajadores estables, particularmente de grandes empresas. Se limitó así el acceso a la sindicalización de los jóvenes de los sectores populares, y se restringió la capacidad de convocatoria de los gremios ante ese grupo social.

La escasa participación de la juventud en los planos organizados de la economía y la sociedad ha coincidido con que los partidos políticos no han desarrollado estructuras capaces de encuadrar organizativa e ideológicamente a las clases populares en general y a su juventud en particu-

lar. Así, la debilidad e inoperancia de los mecanismos de mediación de las crecientes demandas populares y juveniles en el plano de la sociedad, de la política y del Estado, abren un espacio para alternativas de violencia política e individual. La primera parece seguir inspirada en la tradición antioligárquica en la que se supone que sólo mediante la fuerza puede arrebatar al Estado la concesión de los derechos ciudadanos.

La radicalización de las clases populares urbanas, con decisiva participación de los jóvenes, se manifiesta en las bases de la Izquierda Unida y del APRA, que van mucho más allá del discurso de sus dirigentes. Esta situación coincide con el surgimiento de Sendero Luminoso. El permanente deterioro en las condiciones de existencia de las clases populares, la manifiesta ineficacia del sistema político y de sus partidos, así como del "clacismo" sindical, han sido paralelos al desarrollo de Sendero Luminoso y a su importancia en el escenario político. Este movimiento ha llegado a ser un polo de atención y de atracción entre las clases populares urbanas y, muy particularmente, los sectores juveniles, incluso de aquellos que militan en la Izquierda Unida y el APRA.

Así, mientras la primera oleada de radicalización juvenil parece haber conducido, en buena medida, al proceso de radicalización del conjun-

to de las clases populares, la segunda oleada, por su inorganicidad, se ve relativamente distanciada del resto de estas clases y parecería proclive a Sendero Luminoso. Este, al negar toda validez al régimen político con actos de ferocidad insólitos, parece expresar un sentimiento que compromete a importantes sectores de la juventud popular, que apuestan a la violencia como la única solución a la tozudez del régimen político dominado por los "viejos". Esta tendencia podría estar señalando el futuro desarrollo de nuevos desplazamientos políticos, y de sucesivos cambios de identidad política en la juventud.

Podría pues concluirse que el significativo deterioro de los niveles de vida y el cierre de toda perspectiva de movilidad, sumados a la falta de disposición del sistema político para construir instituciones capaces de establecer formas consensuales de distribución de los recursos y las oportunidades sociales para las clases populares y sus jóvenes, han producido una exacerbación de las percepciones y actuaciones sociales de enemistad, enfrentamiento y hostigamiento, las que desembocan en la violencia tanto individual como colectiva. Desde esa situación puede comprenderse la atracción de cualquier versión ideológica que justifique la inevitabilidad de este tipo de comportamiento.

Referencias Bibliográficas

- Alberti, G. y Julio Cotler (1977): *Aspectos sociales de la educación rural en el Perú*. Lima: IEP.
- Balbi, C.R. y Jorge Parodi (1984): Radicalismo y clacismo en el sindicalismo peruano. *Socialismo y participación* N° 26, junio.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina) (1983): *Situación y perspectivas de la juventud en América Latina*. E/CEPAL/Conf. 75/L. 2, agosto.
- Cotler, J. (1981): Sobre la democracia en el Perú. *Primer Congreso de Sociología del Perú*, Huacho.
- _____ (1988): *El proceso de integración nacional y política* (manuscrito). Lima.
- Degregori, C., Cecilia Blondet y Nicolás Lynch (1984): *Cruz de Mayo: de Waqchas a ciudadanos* (manuscrito). Lima: IEP.
- Galín, P., Julio Carrión y Oscar Castillo (1984): *Clases populares y asalariados en Lima* (manuscrito). Lima: IEP.
- Golte, J. y Norma Adams (1984): *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima* (manuscrito). Lima: IEP.
- Gonzales, E. (1984): *Crecimiento económico de Lima y sectores populares* (manuscrito). Lima: IEP.
- Herrera, C. (1985): *Estructura ocupacional e ingresos en la economía de Lima y Callao 1940-1981* (manuscrito). Lima: IEP.
- Instituto Nacional de Estadística (1983): *Compendio estadístico de 1982*. Lima.
- Parodi, J. (1985): *La desmovilización del sindicalismo* (manuscrito). Lima.
- PREALC (Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe) (1980): *Asalariados de bajos ingresos y salarios mínimos en América Latina*. Santiago.
- Roncagliolo, R. (1980): *¿Quién ganó? Elecciones 1931-1980*. Lima: DESCO.
- Tuesta Soldevilla, F. (1983): *Elecciones municipales: cifras y escenario político*. Lima: DESCO.
- _____ (1985): *El nuevo rostro electoral, las municipales del 83*. Lima: DESCO.
- Verdera, F. (1985): *Población, migración y fuerza laboral en Lima Metropolitana 1940-1981* (manuscrito). Lima: IEP.